

# Los trancos de Bracho

**CARLOS BRACHO**

TRANCO I

En este Tranco que sale de la inspiración de nuestro ínclito escritor, don Carlos Bracho, sale alguna astilla de la lanza de Don Quijote, y esa astilla se clava sin misericordia en las nalgas, sí, nalgas, glúteos, asentaderas, pompis, ancas, trasero, posaderas, o como usted, estimado y nunca bien ponderado lector lo quiera decir, o como quiera bautizar a esa parte tan apetecible, por su forma, por su redondez, por su lúbrica circunferencia, se clava, pues, dice este tres veces H. Consejo Editorial, en esa parte de muchas senadoras, de innumerables y preclaras diputadas y de un sinfín de epónimos gobernantes. La razón de ello? Bueno, nosotros consideramos que, como los clásicos decían, los dardos de los críticos –astillas, en este caso–, están presentes a lo largo de toda la narración, y esa rabia que el señor escritor manifiesta a lo largo del mismo, ese coraje que le provocan las malas acciones y la insensibilidad de las autoridades y de los hombres y las mujeres que desde sus puestos deberían combatir y no caer en falacias, mentiras, y cometer traiciones a los principios constitucionales, son las astillas que brotan y salen raudas y veloces a incrustarse en donde ya lo hemos seña-

lado. Pero mejor veamos lo que nos dice nuestro autor predilecto y quizá así ustedes, lectores, al formarse un juicio propio, puedan coincidir con la apreciación nuestra:

Charlábamos amenamente sobre el deporte de la patada, y salían a relucir, entre dimes y diretes, los aciertos y las fallas de nuestro famoso Tri. Sí, la Selección Nacional de fútbol se prepara para –quizá– participar en el próximo Campeonato Mundial. Debo advertir que nos somos muy expertos en el tema, pero para el caso venía bien. Mi Oficina estaba repleta de paisas, María, la mesera, cada vez que pasaba por mi lado, me hacía caricias tentadoras y cuando nos ponía los tequilas en la mesa se pegaba tanto a mí que era una delicia inacabable, sus piernas largas y frondosas, su pecho de mujer en celo y sus ojos negros, cuando me miraban salían rayos y truenos lúdicos. René Avilés Fabila no le daba un “cinco” al equipo tricolor. Dionisio Morales, que de fútbol sabe lo que yo de griego, decía que para el ni fu ni fa, que sí o que no, que era lo mismo, total, tanto correr para darle de patadas a una pobre pelota de hule. Yo, les explicaba que aquello y lo de más allá era lo importante: total de los tres tristes tigres –René-Dionicio-Carlos– no se hacía más que un pésimo aficionado. Las cubas y los tequilas eran tomadas con deleite. La todavía más democrática cantina “hervía”

por el jolgorio y por los gritos destemplados, pero eran gritos no por el tema que nosotros tocábamos, el fut, no, los compadres, los paisas andaban en otro tren, sus gritos eran –no miento, allí están René y Dionicio que no me dejarán hacerlo– contra los foxistas irredentos y cínicos. –Duro!, mi brachín, duro con ellos!– Los compas que eso decían se imaginaban que nosotros, en nuestra mesa, hablábamos de la política.

–Duro, denles duro a esos políticos cuentachiles del pripan- Nos animaban así, los de la mesa vecina. –René, ponlos en su lugar– Y de otra mesa, en donde las fichas de dominó tronaban como ladrillos al cerrar con una mula de seises la partida; –Sí, sí, Bracho, tú no des tu bracho a torcer, pégalas a los Cevallos, a los cretinos calderones, sí, esos que fueron aliados íntimos del tal Salinas!– Y de otra mesa se escuchó: –Sí, mi carlangas, van cuatro añejos y ya estamos hasta la m...(sí, dijo eso, para qué voy a ocultarlo: madre. Total, yo no lo dije, aunque ganas no me faltaron)– Y lo dijo con el coraje, y con los pulques, y desde su posición de obrero despedido y robado por el fobaproa y agredido por las compra de las sábanas imperiales y principescas de la pareja que habita en Los Pinos. Y como aquello que había comenzado como una sana diversión-desfogue de cantina, amenazaba ya con convertirse en un peligroso mitin político y en el que las pasiones –por la rabia acumulada de los bebedores– podrían desbordarse y podrían llegar a límites siniestros, y dado que de todas las mesas empezaron a salir de boca de los compadres “muera el PAN” “Muera el PRIAN” y “Ya estamos hartos de tanto “Cambio” y “Ya chole con el monseñor Abascal que nos quiere endilgar una ley contraria a nuestros intereses de trabajadores” y “Que regrese, ya, don Benito Juárez a Los Pinos” “Sí, los foxistas no quieren a Juárez, por mochos, por cínicos y por rateros” “Sí, Juárez les recuerda a los hipócritas panistas que debe haber humildad republicana y que los funcionarios, empezando por el señor que despacha en Los Pinos, deben conformarse con la medianía del sala-

rio de un verdadero servidor de la nación” “Sí, que cese la entrega del país a los intereses gringos” “Que regrese la dignidad y el honor perdidos” Y luego todos los parroquianos unieron su voz y salió un gran coro que clamaba: “Que muera el PAN” “El tal Fox –así lo decían, lo juro– prometía, muy orondo que había que sacar al PRI a patadas de Los Pinos, ahora, compañeros trabajadores, pobres de este nuestro Mexicalpan de las Ingratas, unamos nuestras fuerzas y a los que vamos a sacar de Los Pinos son a los panistas”.

El termómetro comenzaba a subir más que peligrosamente. Algunos vasos comenzaban a volar por los aires. La trifulca era inminente. Los descalabros se pondrían a la orden del día. René, Dionicio y yo, cruzamos una mirada de inteligencia. Me puse mi chamarra de cuero, Dionicio tomó sus libros que hablan de Bojórquez, “Las amarras terretres”, René tomó sus obras completas entre ambos brazos, y sin pagar la cuenta, salimos muy orondo a respirar el aire ciudadano. Yo le dejé una nota a María. A las doce de la noche pasaría por ella y haríamos –le escribí– lo que un marinero debe hacer después de un periplo de seis meses por los mares agitados y violentos que circundan nuestra planeta.azul.

Al quitarle el vestido, María tenía una ligera cortada en el hombro izquierdo. Era la astilla de un tarro que se estrelló en la pared, cerca de donde ella se trataba de guarecer. Le limpie la herida con un trapo limpio. Le puse, con cariño y con delicadeza un curita aliviador.

Al día siguiente, cuando pasé por Mi Oficina, toqué el claxon de mi vocho, María volteó y con una mirada de mujer perversa, sonrió y con una señal me hizo saber que estaba feliz, contenta. Yo arranqué y me fui pensando en lo que ese día y esa noche había sucedido. No tengo palabras para describir eso. Me conformo con el sonido de sus besos y con el sonido de su piel y con el espectáculo de sus piernas...Vale. ■